

LOS ESTADOS UNIDOS Y LA SEGUNDA GUERRA DEL GOLFO

*Jaime Sepúlveda Cox **

Introducción.

El 5 de febrero de 2003, el Secretario de Estado norteamericano, Colin Powell, presentó al Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas un conjunto de elementos destinados a comprobar que el régimen iraquí de Saddam Hussein contaba con un considerable arsenal de armas químicas y biológicas, estaría tratando de construir una bomba nuclear y que mantendría relaciones directas con el grupo terrorista Al Qaeda, sindicado como responsable de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en suelo estadounidense. El propósito de la intervención se orientaba a convencer al Organismo sobre la necesidad de desarmar por la fuerza al régimen iraquí y remover a Hussein, ya que su permanencia en el poder se interpretaba como una grave amenaza para los Estados Unidos y para el resto del mundo.

Algunos días después, Estados Unidos, Gran Bretaña y España presentan un proyecto de resolución para lograr la autorización que legitimaría el uso de la fuerza contra Irak, el cual se enfrenta a una iniciativa impulsada por Francia y Alemania que, a pesar de reconocer la grave amenaza constituida por el régimen de Hussein, ampliaba los espacios y plazos para lograr una solución diplomática más ajustada a la resolución 1441 que estipula el control del desarme por parte de los inspectores de Naciones Unidas y que a la vez advierte a Irak de las graves consecuencias que deberá enfrentar al no cumplir las obligaciones de desarme estipuladas con posterioridad a la Guerra de 1991.

Una gran cantidad de argumentos y críticas se debatieron en torno a ambas iniciativas tanto entre los países integrantes del Consejo de Seguridad como en el resto del mundo, pudiendo percibirse claramente que al completarse los plazos previstos para la votación de la propuesta estadounidense, ésta no reuniría los nueve votos necesarios para su aprobación y que era muy probable que uno o dos de los miembros permanentes del Consejo harían uso de su derecho a veto.

La política exterior de Chile efectuó un último esfuerzo de conciliación entre ambas ponencias presentando un proyecto de resolución intermedio que fue inmediatamente rechazado por los Estados Unidos. Así, el 17 de marzo el Presidente Bush retiró de debate su propuesta inicial y dio un ultimátum de 48 horas a Hussein, evidenciando que estaba preparado y haría realidad lo que anteriormente había advertido: actuar unilateralmente en caso de no lograr la aprobación del Consejo de Seguridad.

Rechazado el ultimátum por Hussein y justo cuando se venció el plazo fijado, la explosión en Bagdad de algunos misiles Tomahawk lanzados desde el Mar Rojo y desde el Golfo Pérsico por buques estadounidenses, marcó el inicio de una guerra cuyo desenlace final incidirá por largo tiempo en las relaciones internacionales y en la distribución del poder que presenciara el mundo.

El presente trabajo se orientará a la identificación y análisis de las motivaciones que tuvo Estados Unidos para actuar militarmente en Irak sin la aprobación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Los Objetivos declarados.

Las motivaciones que impulsaron a los Estados Unidos para imponer el rápido uso de la fuerza parecen entremezclarse entre aquellas específicamente declaradas como objetivos concretos y otras que se expresan tácitamente, aun cuando su incidencia en la decisión política adoptada puede ser extremadamente importante.

Entre las primeras están las declaraciones en el sentido que Irak conducido por Saddam Hussein constituye un peligro para los ciudadanos de los Estados Unidos y del mundo, ya que ese mandatario ha

dado muestras de no cumplir los compromisos básicos adquiridos con posterioridad a la Guerra de 1991 y de utilizar a su país en el apoyo del terrorismo internacional, en el desarrollo y tráfico de armas de destrucción masiva y en el impulso del fundamentalismo irracional y fanático, entre otros tipos de amenazas. Lo anterior llevó a que la Política Exterior Norteamericana justificara e impulsara una intervención militar que permitiría alcanzar los siguientes objetivos políticos en beneficio de Occidente:

Reemplazar al líder iraquí Saddam Hussein y su régimen por uno compatible con los intereses de EE.UU. y de Occidente.

Eliminar las armas de destrucción masiva iraquíes, sus sistemas portadores y los sitios de producción.

Destruir la eventual cooperación entre Irak y Al Qaeda.

Mantener la integridad territorial de Irak, de manera que continúe siendo un contrapeso para Irán y que las ambiciones nacionalistas de los kurdos no perturben las relaciones entre Estados Unidos y Turquía.

Crear las bases en Irak para proyectar a los Estados Unidos en la Región.

A través de las motivaciones y objetivos explícitamente declarados, es posible visualizar los aspectos implícitos que a continuación se señalan y que parecen incidir con fuerza en la decisión de los Estados Unidos.

El Impacto Psicológico del Terrorismo.

En primer término, los atentados del 11 de septiembre de 2001 tuvieron un profundo impacto psicológico en la población norteamericana, la cual se siente amenazada, insegura y en guerra continua desde ese entonces. Los éxitos políticos y militares obtenidos en Afganistán en la lucha contra el terrorismo no han sido categóricos ni suficientes para volver a la normalidad, en especial por el hecho de no haber podido destruir el símbolo que en ese sentido constituye Osama bin Laden.

Lo anterior lleva a los Estados Unidos a la necesidad de probar que existen vínculos y equivalencia entre Bin Laden y Hussein, de manera que al lograr una victoria militar contundente sobre este último, se logre fortalecer la confianza en el pueblo norteamericano y el apoyo interno que necesita su actual mandatario.

La Necesidad de Proyectar la Supremacía Norteamericana.

El segundo aspecto se refiere a la necesidad de mantener, solidificar y proyectar la supremacía de los Estados Unidos, la cual podría verse dificultada frente al surgimiento de una nueva potencia derivada de la unificación de una parte importante del mundo islámico bajo un liderazgo antagonista como podría ser el de Hussein, lo que fomentaría el empleo del terrorismo y de las armas de destrucción masiva como instrumento político de las agrupaciones fanáticas e inestables que puedan generarse.

En este sentido cobra lógica el cambio norteamericano desde la racionalidad de la “Contención” -aplicada exitosamente durante la Guerra Fría para detener mediante alianzas regionales la expansión de un enemigo política y geográficamente definido- hacia una racionalidad de “Prevención” destinada a destruir por anticipado las capacidades terroristas que puedan estar gestándose en algunos países y regiones del mundo, evitándose con ello la posterior proliferación y difusión hacia un escenario de mayor amplitud que dificulte la detección y neutralización en un lugar físico definido.

Lo anterior, junto a otras razones de índole militar, parecen explicar la premura norteamericana en acortar los plazos para el inicio de las hostilidades y desechar las otras opciones que fueron planteadas en el Consejo de Seguridad, ya que ellas presentaban posibilidades menos concretas que la

guerra preventiva en los esfuerzos destinados a destruir las capacidades que podrían utilizarse contra Occidente e incluso llegar a amenazar la supremacía de los Estados Unidos.

El Control Geopolítico de Medio Oriente.

El tercer aspecto se refiere a la necesidad de los Estados Unidos de asegurar el control geopolítico de Medio Oriente, manteniendo el equilibrio Irak-Irán y la estabilidad en una zona con fuertes presiones de tipo étnico-segregacionistas, donde además del país de Hussein existen otros como el propio Irán, Siria, Sudán y Libia que auspician y contribuyen al terrorismo. Este propósito lo visualiza factible a través de la instauración de un régimen iraquí que valore la democracia, la libertad y la seguridad desde prismas similares a los de Occidente.

El camino elegido parece presentar dificultades muy considerables, ya que conlleva una verdadera transculturización entre civilizaciones que -como lo sostuvo el Cientista Político estadounidense Samuel Huntington- suelen tener visiones muy distintas sobre cuestiones fundamentales, en especial cuando se intenta imponer un paradigma de tipo occidental en el que la modernización económica y el cambio político y social debilitan las fuentes de la identidad.

Estados Unidos está consciente de que las diferencias culturales son más difíciles de cambiar que las políticas o las económicas, por lo que asume los riesgos de una guerra que apunta fundamentalmente a extender la democracia en el sector del mundo árabe y musulmán que podría constituir una amenaza a la civilización liberal. Lo anterior lo lleva a asignar a este nuevo conflicto una importancia similar al que presentó la intervención norteamericana en las dos conflagraciones mundiales y en la Guerra Fría, ya que el epílogo de ello fue el cambio desde un mundo que en 1917 se caracterizaba por existir sólo 10 democracias entre una gran cantidad de imperios, reinos, colonias y regímenes autoritarios, a la situación actual donde 120 de 192 países constituyen ese tipo de gobierno.

En general, no resulta aventurado sostener que el pensamiento estadounidense otorga a la democracia el monopolio de la legitimidad y una fortaleza que, al no visualizar alternativas que bajo su prisma parezcan éticamente viables, no admite discusión. Ello lo lleva a asumir como una obligación relevante e indelegable, la continuación del proceso de extensión de esa forma de gobierno que de alguna manera iniciara con su participación en la Primera Guerra Mundial.

El Petróleo.

El cuarto aspecto es el Petróleo, al cual muchos analistas lo presentan como la razón de fondo. Si bien el hecho de mantener el expedito acceso de occidente a las grandes reservas mundiales que se encuentran en el área constituye un propósito declarado de los Estados Unidos, no puede esta superpotencia aparecer ante el mundo y ante su propio pueblo como el gran usurpador del petróleo iraquí, ya que ello le acarrearía una profunda y peligrosa adversión tanto entre los árabes como en el resto de las naciones.

De todas formas, el petróleo juega un importantísimo rol. Irak posee una reserva que a lo menos asciende a 112 mil millones de barriles y una producción que ha estado notablemente restringida por las sanciones impuestas por las Naciones Unidas durante más de una década, lo que junto al mantenimiento de una industria productiva obsoleta contribuye a visualizar una significativa oportunidad en la modernización de las instalaciones al término de la guerra, negocio al cual sólo podrán acceder las grandes empresas transnacionales que cuentan con los recursos necesarios para las importantes inversiones requeridas.

La salida de Hussein y la instauración de un gobierno afín a los Estados Unidos y sus aliados, permitirá utilizar el petróleo iraquí para reconstruir las ciudades destruidas y para otorgar a empresas internacionales y transnacionales, importantes ganancias que activarán la economía mundial

notablemente debilitada por las incertidumbres previas a la guerra. Junto a ello, Estados Unidos obtendrá otros dos beneficios: en lo mediato, la pérdida de relevancia de una OPEP que sin Irak no tendrá fuerza para regular los precios en perjuicio de los intereses norteamericanos; y en un plazo mayor, la capacidad de regulación que le otorgará el control geopolítico de la zona productora de la energía que necesariamente requerirá en las próximas décadas la República Popular China, uno de los posibles competidores de su actual supremacía.

El Prisma Político de la Victoria Militar de 1991.

La presencia de Hussein al mando de Irak constituía un triunfo político de ese líder sobre el país que liderara la coalición vencedora de la guerra de 1991. En efecto, a través de la Resolución 678 de noviembre de 1990, las Naciones Unidas otorgaron la legitimidad necesaria para actuar contra el régimen de Bagdad limitándola exclusivamente a liberar a Kuwait, lo que obligó al entonces Presidente Bush a restringir las acciones militares a ese propósito, ya que de lo contrario habría significado traicionar el frágil respaldo de los países islámicos, los que habían aceptado apoyar a Estados Unidos en contra de "un país hermano" como Irak, a cambio de que la ofensiva sólo tuviera como objetivo expulsar a los iraquíes de Kuwait. Ello llevó al entonces mandatario estadounidense a cumplir cabalmente el mandato del Consejo de Seguridad, a pesar de tener a Bagdad al alcance de la mano, confiando que las posteriores revueltas de kurdos en el norte y de chiítas en el sur lograrían deponer a Hussein. Como se sabe el líder iraquí con el remanente de su Guardia Republicana aplastó a sangre y fuego la rebelión recuperando el control de Irak. Tampoco tuvieron efecto en la estabilidad del gobierno de Bagdad las sanciones económicas que la ONU impuso por más de una década ni las acciones militares de control de la zona de exclusión aérea que en ocasiones escalaron al nivel de bombardeos por parte de las fuerzas angloamericanas.

La experiencia de los doce años posteriores a la liberación de Kuwait hicieron que Estados Unidos apreciara que la intervención militar constituía el único camino para remover del poder a Saddam Hussein, y finiquitar definitivamente los esfuerzos iniciados en 1991. En consecuencia, si se aprobaba algunas de las alternativas menos duras planteadas en el Consejo de Seguridad, se continuaría con las inspecciones corriendo el riesgo que efectivamente no hubieran o no se encontraran armas de destrucción masivas, lo que reduciría los espacios políticamente viables para actuar sobre Hussein, permitiéndole así continuar indefinidamente en el poder.

El Mensaje a Europa y al Resto del Mundo.

Mas allá de los Objetivos Políticos declarados y de los factores que de ellos se desprenden, la decisión de los Estados Unidos de actuar militarmente en contra de Irak sin la aprobación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, constituye un claro pronunciamiento sobre la voluntad política de afianzar el unilateralismo que caracteriza a esa superpotencia por sobre el multilateralismo que propicia la creciente Unión Europea y la mayoría de los países miembros de las Naciones Unidas.

En este sentido, Estados Unidos aplica un esquema de política internacional que privilegia una actitud impositiva basada en el ejercicio de la componente militar del poder -de la cual goza de absoluta supremacía- relegando e incluso contraviniendo el derecho internacional, en especial cuando se trata de sostener un ordenamiento internacional que ha definido su propia política exterior y sobre el cual no otorga otras opciones que estar a favor o en contra. Por su parte, la mayoría de los países integrantes de la Unión Europea, actúan bajo la lógica de la multilateralidad, la cual no es impositiva y busca privilegiar la negociación, los acuerdos y la cooperación, relegando el uso de la componente militar del poder sólo a aquellas situaciones donde no resulta posible otro camino.

En consecuencia, la actuación en Irak de los Estados Unidos sin el consentimiento del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, constituye un verdadero emplazamiento ante el resto del mundo

y, particularmente, ante la Unión Europea, en el sentido de advertir cómo se materializarán las Relaciones Internacionales a partir del presente.

En el caso de los países confrontacionales a los Estados Unidos, en especial para aquellos países vecinos que apoyan a Irak o para quienes han sido sindicados como parte del “eje del mal”, la actuación norteamericana no deja dudas en cuanto a los niveles de decisión que se aplicarán frente a futuras controversias.

En el caso de la Unión Europea la situación es particularmente compleja; por una parte necesita la cooperación militar de los Estados Unidos en el marco de una relación transatlántica que continúa siendo vital y, por otra parte, considera un desafío histórico fortalecer el multilateralismo a través de una Europa fuerte y unida políticamente, lo que no ocurrió en relación a la guerra en Irak, ya que a pesar de existir posiciones comunes a nivel de pueblos, en los niveles de gobierno los alineamientos estuvieron divididos.

Finalmente, en el caso de las Naciones Unidas, la situación es de extrema gravedad. Su actual organización, instaurada al término de la Segunda Guerra Mundial, demuestra obsolescencia e inoperatividad frente a los nuevos escenarios, por lo que en el caso de Irak fue sobrepasada por Estados Unidos y no tuvo la capacidad para cumplir los mandatos que estipula la carta fundacional. Ello hace evidente la necesidad de reorganización, lo que podría originar un progreso en cuanto a la efectividad y eficiencia para cumplir sus propósitos fundacionales, como también un retroceso si la nueva organización se transforma en un ente absolutamente instrumental para la política exterior norteamericana.

Reflexiones Finales.

Con la reciente entrada de las Fuerzas a Bagdad, pareciera encontrarse cercano el término de las acciones militares. Siendo aún prematuro concluir sobre el grado de satisfacción de las motivaciones que llevaron a la coalición norteamericana a intervenir militarmente en Irak, es posible, a la luz de los antecedentes actuales, sostener lo siguiente:

- Saddam Hussein fue depuesto. Se trabaja en la futura instauración de un régimen proclive a Estados Unidos y Occidente, tarea que será ardua y compleja.
- No se ha detectado la presencia de armas de destrucción masiva, ni sus sistemas portadores ni tampoco los sitios de producción, invalidándose así uno de los principales argumentos de los Estados Unidos.
- Si hubieran continuado las inspecciones de la ONU, nada se habría encontrado y Hussein seguiría en el Poder.
- Las Fuerzas de la Coalición en Irak no han encontrado pruebas que clarifiquen la cooperación entre Irak y el grupo terrorista Al Qaeda.
- Hasta el momento Irak no se ha fragmentado territorialmente y las Fuerzas de la Coalición controlan el accionar de kurdos y chiítas.
- Se han dado los primeros pasos tendientes a crear las bases en Irak para proyectar a los Estados Unidos en la Región, lo cual enfrenta una oposición regional e interna hasta ahora controlable y moderada.
- Las operaciones constituyeron una victoria militar contundente: corta duración, escasa resistencia, sin ataques químicos ni biológicos, bajo número de muertos civiles y militares, etc. Asimismo, el pueblo iraquí, no lamentó mayoritariamente la derrota militar de Saddam Hussein, lo que explica en parte la desertión de sus tropas. Ello, unido a la información parcial y sesgada que dieron algunos medios de comunicación, necesariamente produjo un efecto muy positivo en el frente interno norteamericano el cual fortaleció su autoconfianza y el apoyo a su actual mandatario reconociendo su acierto en la planificación del conflicto.

- Las fuerzas armadas y el pueblo de Irak no fueron capaces de generar costos significativos en la aplicación de la racionalidad de actuar preventivamente, lo que valida por ahora esta estrategia norteamericana y en cierto sentido afianza la proyección de la supremacía estadounidense.
- La Operación Militar constituye un paso sólido e imprescindible para lograr el Control Geopolítico de los Estados Unidos en Medio Oriente. Sin embargo no garantiza este propósito, ya que la situación interna de Irak y la posición política de sus vecinos y del mundo árabe en general, hacen que este objetivo sea muy difícil de alcanzar incluso en el largo plazo.
- Estados Unidos ha asegurado el acceso al petróleo de Irak y las ventajas económicas y de proyección geopolítica que de ello se deriva, haciéndose definitivamente menos dependiente del petróleo Saudi.
- Desapareció el simbolismo de Hussein después de 12 años de ocurrida la liberación de Kuwait.
- La vehemencia con que la Segunda Guerra del Golfo expresa ante el mundo el unilateralismo estadounidense, parece marcar el inicio de una época de grandes incertidumbres en el escenario internacional, donde es posible que se genere un fuerte sentimiento en contra de los Estados Unidos, el cual podría originar un distanciamiento político con respecto a Europa y la aparición de nuevos grupos cultores del terrorismo fundamentalista.

BIBLIOGRAFÍA

- Fernandois, Joaquín: “Desentrañando a Estados Unidos: Hacia un neo-aislacionismo”. Diario “El Mercurio”, de 30 de marzo de 2003.
- Klein Kock, Eduardo: “Irak: El Dilema Alemán”. Diario “El Mercurio”, de 10 de marzo de 2003.
- “Irak, Las Claves del Conflicto”. Edición Especial del diario “El Mercurio”, de 21 de marzo de 2003.
- Packer, George: “Irak después de Saddam”. Revista del Sábado, 14 de marzo de 2003.
- Informaciones de CNN en Español.com
- Desormeaux, Andrea: “EE.UU. Ganará en la Guerra, pero no en la Política”. Diario “El Mercurio”, de 29 de marzo de 2003.
- Pino Gumucio, Luis Alberto: “Escenario para después de la guerra: Los posibles efectos en la región de un Irak post Hussein con democracia”. Diario “El Mercurio”, de 29 de marzo de 2003.
- Informaciones de Prensa e Internet, marzo 2003.

* * *

* Capitán de Navío IM. Oficial de Estado Mayor. Magíster en Ciencias Navales y Marítimas. Magíster en Ciencia Política Integrada. Profesor de Geopolítica de la Academia de Guerra Naval. Investigador Asociado al Centro de Estudios Estratégicos. Destacado Colaborador, desde 1996.